Tomo 8 REPERTORIO AMERICANO Núm. 8

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1924 LUNES 12 DE MAYO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Obreros, hay que hacer política

...La doctrina de la abstención política y electoral de las Asociaciones y Sindicatos proletarios—aunque difundida durante muchos años, con lamentable error, en la extrema izquierda social—es una doctrina característica de la derecha. «Menos política y más administración...» «Muy bien que los obreros pidan mejoras; pero que no se metan en política...» «Socialismo político, no; agremiación profesional, sí...» He ahí unas cuantas fórmulas, unos cuantos tópicos, repetidos todos los días en los medios más reaccionarios. Al pueblo trabajador hay que darle pan y alguna hojita de Catecismo a condición de que no aspire a influir en el gobierno de su país.

Las consecuencias prácticas de esa orientación son dos. Primera: Que el gobierno queda vinculado permanentemente a las derechas, por lo menos a las derechas sociales. Segunda: Que como el régimen jurídico en que se viva no puede ser indiferente a nadie, y menos a los que dentro de él laboran por conquistar un nuevo Derecho, esas colectividades que no quieren hacer política acaban, fatalmente, por hacer política sin quererlo. Sólo que, entonces, esa política inconsciente o vergonzante suele ser de la peor.

Las dos vanguardias

...Que en Inglaterra hay un Gobierno obrero, es cosa harto sabida. Lo que no se sabe tanto es que ese Gobierno es, a la vez, un Gobierno intelectual. Como hacía notar hace poco un escritor inglés, el actual Gabinete laborista es, quizás, el de mayores prestigios mentales entre los Ministerios que en estos años últimos se formaron en la Gran Bretaña y entre los que hoy gobiernan en toda Europa.

¡Sugestiva realidad que parecería paradoja! Se venía augurando el peligro que el avance proletario, el predominio de las masas indoctas, representaba para la civilización presente, como una especie de invasión de los bárbaros irrumpiendo, profanadora, en los nobles cercados de la cultura. Y he ahí que, cabalmente, cuando aún no ha olvidado Inglaterra la ramplona mediocridad mental del último Gabinete conservador, a la que tan crueles ironías dedicara Lloyd George, vienen los representantes obreros a enseñar al partido de los Lores de qué lado va estando ya la verdadera aristocracia de la inteligencia y la libre originalidad del pensamiento.

Obreros e intelectuales—este nombre no es simpático; pero, ¿hay otro mejor?—están llamados a entenderse en el mundo. Ni unos ni otros suelen ser lo que los conservadores denominan puntales de lo sociedad, como si la sociedad fuera una cosa hecha, quieta, acabada, que hubiera que sostener, y no una ascensión infinita, siempre más allá, que es necesario impeler y acelerar. Intelectuales y obreros deben ser, por ley de Naturaleza, las dos vanguardias, las dos avanzadas de la sociedad en marcha...

Los unos, porque sufren; los otros, porque sueñan; los unos, porque tocan la dura realidad; los otros, porque quieren que el ideal encarne en la vida, es lo cierto que los obreros y los intelectuales sienten el fecundo descontento del presente y el generoso anhelo de un mejor porvenir. Un mejor porvenir, en el cual, precisamente, habría de irse atenuando, hasta desaparecer casi del todo, esa arbitraria y funesta distinción entre los obreros manuales y los cultivadores de la inteligencia. El trabajo es para todos un deber social. Es para todos un derecho humano la posibilidad de la cultura superior, el libre acceso, en la medida de las respectivas capacidades, a la esfera luminosa donde se busca la verdad por la verdad misma, y se ama la belleza espiritual, que lleva, en ella misma también, su incentivo y su recompensa... ¡Trabajadores y soñadores del mundo, uníos!...

LUIS DE ZULUETA.

(*La Libertad*, Madrid).

Ideas liberales

En el programa con que el Partido liberal unido fué a las elecciones en Inglaterra hace tres semanas, y con el cual obtuvo éxitos que mejoraron grandemente su posición anterior, hallamos conceptos del mayor interés, que definen más y más el carácter del liberalismo moderno—liberalismo de ideas—resueltamente inclinado hacia la reforma social justiciera y amplia, hacia el mejoramiento general de la vida para todos.

¿Podemos traer unos cuantos principios de esas alturas a estas hondonadas en que la política no se orienta sino por pasiones, por personalismos insensatos, por sentimientos que nada de común tienen con la razón que analiza y estudia? Quizá esta misma triste situación actual de la política colombiana hace indispensable el traer aire de fuera para nuestro medio enrarecido, ideas levantadas, un poco de doctrina que nos recuerde la existencia de algo distinto del caudillaje.

En el Manifiesto liberal de 19 de noviembre, firmado por Asquith y Lloyd George como directores del liberalismo unido, encontramos estos párrafos, que se leerán con provecho:

«El partido liberal hará cuanto esté a su alcance para promover la estrecha cooperación entre patrones, empleados y obreros. Al trabajador debe asegurársele una situación conveniente y una participación equitativa en los productos de la industria a la cual sirve. La política liberal industrial quiere tener como bases la asociación entre el trabajo y el capital, seguridad y buenas condiciones de vida para el trabajador, y preferencia constante al interés público sobre el interés privado.

»Los libersles aspiran a garantizar

la perfecta igualdad política, legal y económica entre los hombres y las mujeres. Las madres deben tener los mismos derechos y responsabilidades que los padres respecto de la tutela y educación de los hijos.

»La política liberal tiene como uno de sus objetos principales quitar de los hogares de los pobres la dura carga que allí representan los ancianos inválidos, los enfermos, las viudas con hijos de corta edad, cargas que la sociedad tiene el poder y la obligación de aliviar.

»Las necesidades de la agricultura requieren también consideración especial. Los derechos aduaneros sobre lo que el agricultor compra no harían sino empeorar su situación; lo que él necesita son precios estables, mayores recursos de dinero, mejores medios de transporte, garantías contra los alquileres excesivos, seguridad para quienes cultivan la tierra de que no podrán ser desposeídos de ella arbitrariamente por los grandes propietarios. Deben darse oportunidades al cultivador para hacerse propietario de la tierra que cultive, en condiciones razonables, y debería fomentarse la pequeña propiedad. Un hombre libre trabajando su tierra, ya sea como propietario de ella, o como arrendatario por largos y garantizados plazos, ha sido y será siempre el más enérgico y eficiente de los productores. Facilidades al agricultor en materia de créditos y mercados cooperativos en grande escala, con apoyo oficial, son cosas que se justifican plenamente y han producido en otros países los mejores resultados.

»Hay necesidad urgente y amplias maneras de hacer reducciones en el modo como algunos despachos gastan lo que producen los impuestos y contribuciones. El liberalismo establece una división profunda entre el uso de los dineros públicos para propósitos que aumenten la riqueza y bienestar del pueblo, y el derroche de esos mismos dineros en cosas improductivas o destructivas. Y así, los liberales no secundarán economías que lleven el hambre a los hogares de los trabajadores, ni que rebajen el nivel de la educación pública. Creen ellos que no hay inversión mejor que la que se haga en desarrollar las facultades, la inteligencia y el vigor de la juventud.

»Por la misma razón, la política liberal considera como su base esencial el fomento de todas aquellas cosas sobre las cuales se levanta el hogar: habitaciones cómodas y decentes para los trabajadores, temperancia, asistencia infantil y todos los servicios sociales que tienden a mejorar la condición y dulcificar la vida de los que se la ganan en su trabajo diario».

Ideas liberales... Reformas valerosas, constante atención a las necesidades de los humildes, fe permanente y activa en los ideales de libertad, de tolerancia, de respeto a las ideas ajenas y al ajeno derecho; resolución de hacer la vida mejor, más libre, más sana, más equitativa. Ese el ideal al que es preciso tender, por encima del vocerío de pasiones fugaces, y para mantener vivo ese ideal es preciso recordar siempre que él se alimenta de principios y de procedimientos que a éstos se amolden, y que partido que de esto se olvida, queda descalificado para ejercer influencia en la vida pública.

(*El Tiempo*, Bogotá).

Un Gobierno de catedráticos

C'est du Nord que nous vient aujourd'hui la lumière.

(VOLTAIRE: Epitres).

Las grandes guerras son al mundo como terribles sacudidas sísmicas o tremendos temporales, que destruyen, aniquilan, diezman pueblos enteros. Sí; pero cuando los elementos desencadenados recobran su estabilidad; cuando las aguas vuelven a su cauce y en el horizonte aparece radiante el arco iris, como cuando se calman las pasiones, las rivalidades cesan y luce el sol de la paz, solemos ver a lo mejor que sobre los escombros se levantan nuevas y mayores edificaciones, y que de la asolación nacen nuevos y más vigorosos pueblos. Parece que los detritus de lo caído sean rico abono que da a la tierra nuevas fuerzas fecundadoras.

Así sucede que si con la terrible conmoción de la guerra europea hemos visto a pueblos que han quedado destrozados, a otros, sin embargo, la tremenda sacudida no ha hecho más que tambalearlos, permitiéndoles de este modo encajarse, ajustarse. Y todavía a algunos les ha dado vida, una vida nueva, propia. Es uno de éstos Checoeslovaquia.

Para la mayoría de las gentes que después de la guerra no habíamos logrado aún ver más claro el orden, en el caótico concierto de nuestros conocimientos geográficos, Checoeslovaquia no era más que eso, un pueblo nuevo, surgido de la guerra, como lo son Polonia, Esthonia, Finlandia y otros.

Mas después de leer el estudio que de este país hace el inglés Mac Cornich, y que lleva por título *Un Gobierno de Profesores*, vemos que Checoeslovaquia es un pueblo nuevo, pero nuevo en el más alto sentido de la palabra, porque aborda sus problemas con el más moderno espíritu científico que ningún otro.

Checoeslovaquia es una República creada por un profesor y nacida en una Universidad. Su capital, Praga, recuerda a una de las Universidades más antiguas del mundo, y su Presidente, Massarky, es hombre que ha dedicado la mayor parte de su vida al estudio de la sociología.

La hermosa acrópolis, que antaño fué solaz y recreo de reyes y príncipes, es hoy un refugio de pensadores, porque un laboratorio de investigación política son las oficinas del Gobierno checo, constituído por profesores.

El famoso Haradcany, el castillo feudal de Praga, rodeado de fosos y de sólidas murallas, flanqueado por torres y defendido por palanques y barbacanas, que evoca los tiempos turbulentos de la Edad Media, cuando se elevaba imponente para proteger a la ciudad de la torre de oro, parece erguirse hoy majestuoso, como símbolo de paz y de cultura, proclamando el triunfo de las letras sobre las armas.

La idea que estos profesores tienen de la revolución se convierte en la aplicación del sentido común: buscan un mundo nuevo; mas no abandonan lo bueno del antiguo. Y así, trabajan con ahinco para concluir las interminables obras de la catedral de San Vito, mientras levantan un monumento a Juan Huss, el reformador checo, excomulgado por Alejandro V y quemado vivo en ejecución de la condena del Concilio de Constanza; y prohiben la circulación por el pintoresco puente de Carlos, para preservar el sitio del milagro de Praga y la memoria de San Juan Nepomuceno con el mismo cuidado que protegen el pequeño templo judío considerado como la sinagoga más antigua de Europa. Y asimismo, con igual espíritu de imparcialidad, en el orden moral, respetan y protegen las ideas, las creencias y las tradiciones del pueblo, dictando leyes en pro de la libertad de cultos y leyes educativas para que germanos, húngaros y ruteños puedan conservar su lengua propia y otras que le amparen en el orden material.

Por eso, no sólo conceden el voto a la mujer, sino que se lo exigen, como hacen obligatorio el asegurarse contra las enfermedades, los accidentes, la

vejez. Y allá, donde se trabaja, ya sea en el campo, en la fábrica o en la oficina, como en la tienda del padre o en la cocina de la madre, el Estado regula las horas para proteger al trabajador contra la explotación.

Para el problema de la vivienda también estos profesores han sabido encontrar solución: el inquilino paga un alquiler proporcionado a sus ingresos: el Estado presta con facilidad dinero al ciudadano para construir y «la ausencia injustificable de casa» es un crimen, que se castiga con la expropiación del domicilio en beneficio de los que carecen de él. Las leyes agrarias y el reparto de las tierras han colocado a Checoeslovaquia entre los primeros países agrícolas.

Es admirable ver desarrollarse el más audaz programa político sobre el fondo arcaico y patriarcal de Praga; ver cómo la ciudad más medieval de Europa se convierte en el laboratorio de las más osadas innovaciones políticas; ver cómo triunfa la democracia y el progreso en medio del ambiente de reacción de militarismo que envuelve al mundo; ver a la cabeza de un país un grupo de profesores, mientras en otros se cierran las Universidades (en Italia, por ejemplo), se reduce el presupuesto de Instrucción Pública, para engrosar el de Guerra, se suprimen las escuelas especiales, se atropella a los catedráticos.

Si digno de admiración es ese gobierno de catedráticos presidido por Massarky, que con su programa amplio y sus métodos tolerantes está haciendo más por la paz del mundo que todos aquellos que quieren imponerla por la fuerza y la represión, digno de elogio es también el pueblo consciente que ha sabido confiar sus destinos sólo a hombres cuyos espíritus cultivados por el estudio pueden ofrecer garantía para desempeñar tan sagrada misión.

«C'est du Nord que nous vient aujourd'hui la lumiére». Que esa luz llegue hasta nosotros, hemos de pedir. Y que sea la estrella luminosa que nos guíe por el camino tenebroso en el que marchamos, hasta conducirnos a la verdad.

TERESA DE ESCORIAZA.

(*La Libertad*, Madrid).



El laborismo inglés

Los intelectuales

PARA cuantos conocían los componentes del Labour Party y la evolución del pensamiento liberal inglés a partir de la guerra europea, y aun antes, no ha sido ninguna sorpresa el gran número de intelectuales que han entrado a ocupar altos cargos en la nueva situación laborista Puede decirse que el socialismo británico ha sido obra de los intelectuales agrupados en la Sociedad Fabiana, que se fundó ahora hace cuarenta años, tomando el nombre y la táctica de Fabio *Cunctator* o el Contemporizador. Los fabianos han dedicado todo ese tiempo con una constancia y devoción ejemplares, a depurar el socialismo de toda aleación anarquista, y, en general, utópica, convirtiéndolo en una serie de proyectos gacetables. Una de sus humorísticas jactancias--la gravedad de la tarea iba siempre acompañada de un excelente buen humor, que hacía deliciosos algunos de sus folletos y casi todos sus mitines—era que tanto los conservadores como los liberales se limitaban a arrancar aquí y allá hojas del programa fabiano para incorporarlas a los suyos. Y, en realidad, la legislación inglesa de estos últimos veinte años apenas ha sido otra cosa que una gradual ejecución de las doctrinas fabianas.

Bernard Shaw, el insigne dramaturgo, y uno de los fundadores y continuadores, hasta la fecha, más entusiastas de la Sociedad Fabiana, cuenta sus orígenes en el folleto que hace el número 41 de esa organización, y los procedimientos de que se valían para infiltrar sus ideas. Acostumbraban deslizarse en todas las fortalezas del régimen vigente, en los partidos históricos, en las sectas religiosas, en los periódicos y hasta en los salones del gran mundo, y una vez dentro desparramaban sus teorías por todos los medios de la dialéctica y la retórica, señaladamente la paradoja, sin estridencias de mal tono, con suavidad e ingenio. Así llegaron a adueñarse casi del periódico nocturno *The Star*, siendo subdirector Massingham, que luego dirigió otras publicaciones y hasta hace poco el gran semanario *The Nation*—el Gobierno le prohibió durante la guerra, por su actitud pacifista, circular en países extranjeros—, y de quien ahora se habla para la Embajada inglesa en Berlín.

Puede decirse que en el punto de llegar los laboristas al Poder, las clases intelectuales de Inglaterra estaban *fabianizadas* hasta la saturación. Por rutina, quizá por exigencias de la vida, no se habían decidido hasta ahora a dar el paso hacia el laborismo. Con su triunfo como partido gobernante, encarnación del orden dinámico, en renovación perpetua, los simpatizantes más tímidos o más apáticos han echado por la borda sus últimos escrúpulos. Así se explica que un hombre tan eminente como Haldane —ha traducido al inglés a Schopenhauer, ha estudiado como pocos la filosofía alemana y fué Rector de la Universidad de Edimburgo desde 1905 a 1908—aparezca ahora como ministro de Justicia en el Gabinete laborista y representante oficial del Gobierno en la Cámara de los Lores. Lord Haldane es, con Balfour, el pensador más poderoso de la política inglesa. En 1915 tuvo que dimitir su puesto de ministro por su no recatada adhesión a la cultura alemana. Esta valiosa conquista del laborismo habrá sido saludada seguramente por Sidney Webb, nuevo ministro de Comercio, alma verdadera de la Sociedad Fabiana —*El nuevo Maquiavelo*, según Wells, que lo satiriza en esa novela de clave después de haberse separado de los fabianos por una rabieta de niño mimado de la suerte, como le dijo Shaw en una sonada polémica— casi con tanta fruición como la entrada oficial, por la puerta grande, de su ideario en el Poder.

Merece señalarse esta particularidad: que algunas de las mentalidades más altas que forman o inspiran la nueva situación tienen de común el haberse distinguido por su actitud severamente crítica de la guerra. Ya se ha mencionado el caso de Massingham, siendo director de *The Nation*, y el de Haldane, que, si bien no fué adverso a su país, como otros, tampoco se retractó de sus simpatías por Alemania, lo que temporalmente le alejó de la política. Bernard Shaw no ha aceptado hasta ahora ningún cargo en el Gobierno laborista, ni es probable que lo acepte, porque su temperamento imaginativo se compagina mal con las realidades de la gobernación, y acaso también por pensar, como lo expone en su dilatada comedia *Volvamos a Matusalén*, que mientras el hombre no logre vivir una longevidad respetable, de unos cuantos siglos, el esfuerzo humano no podrá producir sino frutos muy agraces; pero no quepa duda de que, entre bastidores, su influencia tendrá mucho peso en más de un problema. Pues de Shaw

es *El sentido común y la guerra*, una de las diatribas más violentas que se escribieron contra la Gran Bretaña como causante del desastre europeo. Al propio Ramsay Mac Donald, que fué extremadamente hostil a la guerra, le costó su actitud el ser derrotado en las elecciones de 1918, y muchos creyeron que allí acababa su carrera política. Snowden, hoy ministro de Hacienda, perdió entonces también su acta de diputado. Fué una mala hora para los internacionalistas y pacifistas, que muchos nacionalistas y belicófilos imaginaron eterna. Nadie, por audaz profeta que fuese, suponía entonces que los acorralados en aquel momento por las jaurías pululantes de la victoria serían, a los cinco años, los gobernantes de Inglaterra. Ironías históricas. Citemos, en fin, el caso de Trevelyan, hoy ministro de Instrucción, antiguo liberal y feroz adversario, durante la guerra, del servicio obligatorio.

Fabianos, internacionalistas y pacifistas, es decir, intelectuales; es decir, hombres que quieren ordenar el mundo por la sensibilidad y la razón, no por medio de ningún anacrónico apostolado de la violencia insensible e irracional: tales son los verdaderos directores del Gobierno laborista, los que le imprimen sello y le marcarán la senda, secundados por sus compañeros, los otros ministros de genuina procedencia obrera. Y los que piensen que ese Gobierno no podrá hacer nada no sólo por estar en minoría en el Parlamento, sino por su inexperiencia, se equivocan. Expertísimo político es Haldane; ministros fueron durante la guerra Hendersen y Clynec, hoy de Gobernación y lord del Sello privado, respectivamente; Thomas era del Consejo privado del Rey, lo que equivale a categoría y funciones de ministro; virrey de la India ha sido, entre otras cosas públicas importantes, lord Chelmsford, ahora ministro de Marina, y la gran sorpresa del nuevo Gabinete; altos cargos había desempeñado Trevelyam con los liberales; y Sidney Webb, aunque no ha sido ministro hasta ahora y diputado sólo hasta las penúltimas elecciones, sabe de ciencias políticas más que todos los ex-ministros conservadores y liberales juntos.

En cuanto a la minoría parlamentaria del Gobierno laborista, no hay que fiarse mucho en política de los números. Pocas veces habrá habido, de hecho, en Inglaterra, un Gabinete tan poderoso por sus personalidades y por imperio de las circunstancias. Los liberales y conservadores se cuidarán bien de derribarle por ninguna futesa. Una crisis provocada a destiempo y unas probables elecciones subsiguientes darían al laborismo en las urnas una fuerza mucho mayor que la actual, acaso una mayoría parlamentaria, lo que sería terrorífico para los viejos partidos históricos. No; no cometerán esa imprudencia. Además, tanto a liberales como a conservadores les conviene que los laboristas pacifiquen definitivamente a Europa, reconociendo a Rusia, buscando un pacto razonable con Alemania, incorporando ambos países a la Sociedad de Naciones, y democratizando ésta radicalmente. Ni los liberales ni los conservadores han tenido autoridad para establecer en Europa una política francamente pacifista. Esa autoridad no la tienen más que los que se opusieron a la guerra y al Tratado de Versalles: los intelectuales del laborismo. Su tarea es, pues, larga, y a todos los partidos ingleses interesa que la cumpla. En suma: que hay Gobierno laborista paro rato, aunque los belicosos no quieran.

LUIS ARAQUISTAIN

(*La Voz*, Madrid).

El artífice de la paz

HUBO un momento en que un profesor de Derecho, jefe de una democracia industrial y pacífica, puso la ley a los emperadores de Europa, *basileos* de los pueblos guerreros. Este espectáculo histórico desacostumbrado, que fué dado contemplar a los hombres de esta generación, tuvo por protagonista a Woodrow Wilson. El profesor hizo más. Negó beligerancia a los emperadores y obligó a los pueblos a despedirlos.

En el improvisado juicio de los muertos que se abre al borde de las tumbas en la forma abreviada de las necrologías, se escriben acerca de Wilson juicios diferentes. ¿Fué un idealista incorregible, utopista de una noble utopía? Los más observadores emiten sus dudas. En el largo proceso por el cual pasaron los Estados Unidos de la neutralidad a la intervención se advierte una prudencia utilitaria. Los Estados Unidos entraron en la guerra cuando ya los dos grandes bandos de Europa estaban maduros para la paz. Entraron así con el mínimo de riesgo y el máximo de beneficio, sumando a las ganancias de la paz la de la guerra. Ganancia moral esta última que consistía en el predominio fatal del beligerante de refresco sobre los combatientes fatigados. ¿Fué esto cálculo político o resultado espontáneo de las circunstancias? Mover a la guerra a una democracia lejana espiritual y materialmente de Europa era obra lenta, que había de producir ese resultado, favorable para los Estados Unidos, dañoso para Europa, de la intervención en el último acto del drama.

La Sociedad de Naciones será la gloria de Wilson, aunque ese Anfictionado no pase de un nuevo ensayo de *Comitas gentium* ordenada según el Derecho. Wilson, como político, olvidó, empero, que un tratado de paz es el último acto de la guerra. Un tratado que ha de cumplirse a largos plazos es un semillero de discordia. El instinto defensivo y el ofensivo se despiertan fatalmente en los pueblos vencidos cuando pasa el aplanamiento inmediato a la derrota. Wilson, profesor de Derecho, no era profesor de Psicología.

La paz firmada en Berlín hubiera sido más estable. El pueblo alemán no estaba convencido de su derrota. Desesperado de la victoria militar, creyó conseguir una victoria diplomática al aceptar los catorce puntos de Wilson. Por eso, dando una muestra de sentido político, despidió a sus Hohenzollern y a sus Ludendorff, a reserva de volvolver a llamarlos. Salía de la guerra con su *utillage* intacto. Rendir las armas era un sacrificio de amor propio; pero seguían las fábricas para labrarlas de nuevo cuando llegase la hora.

Después de haber dictado a Europa una paz que era una caja de Pandora, los Estados Unidos dijeron: «Ahí queda eso». Wilson y Lloyd George han sido tan dañosos para los alemanes de amigos como lo fueron de enemigos. Los catorce puntos y la política inglesa de última hora respecto a las reparaciones alentaron allende el Rhin esperanzas que han traído la evaporación del marco. Una derrota clara, material, contundente, hubiera sido mejor para la economía y la moral de Alemania.

ANDRENIO

(*La Voz*, Madrid).



Ensayo sobre las poesías de María Eugenia Vaz-Ferreira

«Para las imaginaciones pobres, las horas de insomnio trascurren en inquietud febril; para los espíritus fecundos, ellas pasan brillantemente y a prisa, mientras se escucha la divina música del pensamiento».

(Pensamiento inédito de M. E. Vaz-Ferreira).

«Toma la lira y el plectro,
ven a cantar los melancólicos versos,
....
esos que llegan al alma,
esos que cantan los tristes
que tienen sólo esperanzas...»

M. E. Vaz-Ferreira.

Introducción

La poetisa uruguaya de que me voy a ocupar, tiene como don dominante de su espíritu, la intelectualidad; y el extraño mérito de su facultad poética, se resume en una palabra: energía. Personalidad intelectualísima y poetisa enérgica: he aquí las dos fases que estudiaré

1

Al abrir el libro manuscrito que encierra las visiones o ideales de un alma poética, evoco, a pesar mío, a la autora en cuyos versos quisiera descifrar los *leit motiv* de esa música íntima apellidada poesía. El físico revela el espíritu: hallo esta notable correspondencia en María Eugenia Vaz-Ferreira. Sus cabellos, su cara, sus ojos tranquilos y hondos, sus actitudes, traducen a su espíritu modernista; semeja a esas figuras misteriosas y vagas como las esculturas egipcias que adornan las alhajas y los vasos modernos. Su musa es así fantástica a lo germánico desigual, melancólica; siempre extraña, cuando do no enigmática; el límpido y sereno sol de Grecia no alumbra sus versos: es más bien «la casta y pálida Selene» que daba a luz a las danzas de los gnomos y hadas, entre las brumas tenues del Otoño.

Su primera poesía, *Las Ondinas*, asevera la última observación. Al lejano norte alemán, al Rhin, a los lagos germánicos, ha ido a buscar sus figuras poéticas.

El paisaje donde vienen a reposar las ondinas ligeras, es de nuestro país: sugiere la playa Ramírez. A menudo está allí, en verano, la poetisa cuando «el sol se oculta en lo infinito», [1] al bajar el heleno Apolo a su mansion de oro. ¡Qué visiones grandiosas ven allí los temperamentos artistas! Ese mar tan augusto, tan sereno; ese cielo puro e insondable, hablan el más divino lenguaje, dicen la más preciosa nueva: paz, serenidad, belleza, salud, al ser que ame lo bello. Esto han dicho a María Vaz-Ferreira:

«Junto a la costa
donde la arena tibia y plateada
bañan las ondas,»

las pasiones nobles, aconsejaría ella siguiéranlas los jóvenes vates: sólo a la inspiración individualísima, a la manifestación personalísima y original cabe producir la emoción estética y moral. Esta y aquella poesía que comienza:

«Ven tú que tienes el mirar sencillo,
los ojos claros, llenos de confianza,—»

son lo más conmovedoras. Si indagara su psicología, creo las hallaría inspiradas en la admiración que tiene la poetisa por su hermano, el filósofo. Ante él, cuya inteligencia es clara como las tardes del estío, de voluntad firme y valiente; ante él, que adora lo positivo de los conocimientos, debe ella sentirse como frente a una esfinge, llena de bondad, mejor ante un Sócrates virtuoso y noble; breve, la actitud de la ignorancia relativa frente al gran saber, dicta las intensas estrofas:

«Yo quisiera saber lo que pasa en tu mente
cuando cruza el tropel de los raros hechizos
el que agita y alumbra tu pálida frente
coronada de negros e indómitos rizos;

Cuando enciéndese y brota la chispa febea
con que sella su imagen tu anhelo gigante;
cuando nace y profunda germina la idea,
la que vence y sacude tu sien palpitante;

Cuando miro en tu rostro la huella que imprime
con sus ansias secretas un alma que piensa,
y el aliento febril que en tus labios reprime
la palabra que muere en tu boca suspensa,

....

Yo quisiera mirar el destello radiante
de ese extraño fulgor que en tus ojos oscila
e impregnarme de luz y vibrar un instante
en el brillo inmortal de tu negra pupila.»

La gemela de esta joya merece transcribirse por entero. Leedla, lector: es el lenguaje del alma nobilísima de la mujer intelectual.

«Ven tú, que tienes el mirar sencillo,
los ojos claros, llenos de confianza...
Tú, que marchas tan firme por la vida,
lleno de fé, de paz y de esperanza!

Tú, que puedes sentir las alegrías
sereno, sin angustias; tú, que esperas
que vuelva tras las sombras del invierno
el sol de las alegres primaveras...

Tú, que si me haces ver que no me amas,
la obcecada visión del bien perdido,
me das de constancia la promesa
con el cándido rostro sorprendido.

Y si a pesar de la razón yo dudo
y ves pasar angustias por mi frente,
con amable y solícita ternura
me vienes a pulsar, tranquilamente...»

El reino de la super-mujer vendrá.

(1) Frase de un verso de Rafael Obligado

2

Poesías sobre la Naturaleza

A la «virgen Primavera» [1] dirige este canto triunfal:

«Tú, Primavera, que eres la diosa de los retoños
....
....Tú, que serenas las aguas claras como cristales...
....
Y desparramas el rubio trigo sobre el tejado
donde se escuchan tiernos gemidos arrulladores,
y se lo ofreces a las torcazas seco y dorado
para que tejan el dulce nido de sus amores. .»

Y de esta suerte ascendente en bellezas y elogios, sigue invocando la estación de la esperanza, hasta compararla con la primavera de los amores. Obsérvese que toda esta pintura tan fiel de la primavera, sirve para precisar por comparaciones, la hermosura de un sentimiento. Este procedimiento poético lo emplea en muchas otras poesías a la Natura. En otra, pinta al crepúsculo, terminando con esta reflexión moral:

«Tras la distancia se ocultó la lumbre
que hizo brillar unas pupilas negras,
y una vida se apaga poco a poco,
marchitada por las sombras y las penas».

En el poemita XIV, vuelve la poetisa a las «blancas visiones», a sus ondinas queridas que la llevan por el mar fascinador.

Un vivo sentimiento de la poesía natural sugiere *Las Selvas*. La vida primitiva, nómade, fascina a nuestra autora; la selva con sus indescriptibles bellezas, sus pendientes onduladas, orladas de árboles gigantes, las vistas que se extienden a través del follaje entrelazado, la voz del infinito que entona ese verde de vida de los prados salvajes, la emoción que enciende el silencio augusto y vital de los grandes bosques, todo ese sublime natural, es más que el salón con su luz artificial, el ambiente que ama María Eugenia Vaz-Ferreira, y por ello lo canta tan sentidamente.

Escuchad estas estrofas, si no es cierto lo que digo:

«Me voy a las incógnitas praderas,
a las vegas desiertas y remotas
donde son las alegres primaveras
un caos de relámpagos y notas.
....

...Donde retrata el sol sus iris vivos
en las gotas que el céfiro desfloca,
y en que moja la flor de los ceibos
la púrpura sedienta de su boca.
....

Donde pueda vagar eternamente
por las selvas incultas y olorosas,
con los rizos al aire y con la frente
coronada de pámpanos y rosas.»

Después de la selva, admira el jardín «pomposo de colores» donde «pasa la tarde suavemente inmensa», Allí «hay luz, hay cantos y una dulce visión de primavera».

Luego compara al jardín, el alma abierta a las sensaciones.

En *Mis Flores* pasa revista a su jardín para escoger sus favoritas:

«Mis flores son las que brotan de un hondo surco terroso
cuando las ojeras cava la fiebre fecunda y fuerte;
esas son las flores pardas de perfume acre y sabroso
que engendra el mal de la vida para ofrenda de la muerte.»

Hay algo de la excentricidad *baudelariana*, en esta estrofa fuerte; el sentimiento extraño que delata, ha hecho decir a la poetisa: «entre lo raro y lo bello, prefiero lo raro». Este pensamiento es una de las avenidas que conducen a su espíritu nostálgico.

3

Poesías eróticas

«*Nuestros poderes intelectuales y activos aumentan con nuestra afección*»

EMERSON.

La música de Grieg, notablemente *Poeme erotique*, es la que mejor conviene asimilar a estas poesías de «un amor alemán que no han sentido los alemanes». ¿Quién puede escapar a los «deslumbramientos del amor»? A todos roza el divino sentimiento y a todos deja como a la rubia Psiquis, abandonados y amargamente tristes.

Veamos lo que nos cuenta del país etéreo de Cupido nuestra poetisa, a la vez tan sensible y tan marmórea.

Triunfal e *Invicta* son las huellas sentimentales de escenas de la vida del corazón. En *Triunfal*, Cupido, alegre y victorioso, parece desplegar, cual colibrí, sus alas encantadas, que, a poco, recostado grácilmente sobre el olímpico césped, le ha ceñido la divina Afrodita. Canta la poetisa:

«...Al bardo de rimas aurorales,
de plectro de oro y de gloriosa mente,
que al entonar tus cánticos triunfales
tienes nimbos de luz sobre la frente.»

En todas las estrofas imprime el amor su sello vigoroso y pasional, hasta esta invitación suprema:

«Vamos los dos a desatar el vuelo
de nuestras anchas y potentes alas
hacia el confín donde despliegue el cielo
la magnífica pompa de sus galas;

donde la nota victoriosa y fuerte
de los clarines el vibrante coro
dando la diana del amor despierte
nuestros sueños de púrpura y de oro.
....
Yo haré latir tus fibras más sensibles
con mis hondas y ardientes fantasías
y me darás en versos vigorosos
de tu voz las soberbias melodías.
....
Y encendiendo los mustios arreboles
con nuestros rayos fuertes y fecundos,
viviremos los dos como dos soles
alumbrando las almas y los mundos.»

Este poema de amor elevado, trae al recuerdo el afecto de la sublime Hipatia de Alejandría por el soberano señor de la sabiduría, Apolo el divino; es un amor casi

(1) Expresión de Pedro Naón, poeta argentino, autor de *Eglantinas*.

(Pasa a la página 124).

La obra y la vida de Benito Mussolini

De cómo un oscuro proletario llegó a ser dueño de Italia. Sus luchas y sus triunfos.



«El miedo teme a la luz, y el saber es la única luz». Mussolini se ha sacado el miedo del corazón; apruébelo Ud. o no, debe admitir su tremendo éxito basado en el coraje y en la difusión del saber.

ESTUVE en Roma recientemente. Vi de cerca algunas de las principales personalidades romanas. Y me fué concedido hablar cara a cara con ellas. Dos figuras se destacan de mis impresiones, dominándolas. Cada una, en su condición, es soberana. Terminaré mis apuntes por la más alta: la del príncipe cuyo reino no es de este mundo.

Apenas inferior a Pío XI, entre el Rey y el pueblo italiano como entre Italia y las demás naciones, ha impuesto su dominio un recién llegado. El nombre de Benito Mussolini es conocido hoy por la tierra entera.

¡Es algo increíble! De la noche a la mañana Italia ha caído en manos de un hombre confundido la víspera entre la multitud, de donde no lograba emerger sino para hundirse momentos después, y desaparecer luego, cada vez más violentamente negado, combatido, atacado. Burlando de pronto peligros y obstáculos, ha subido de un golpe de la base a la cima del Estado.

Entusiastas admiradores dijeron entonces: «Es un nuevo Bonaparte». Pero Bonaparte tenía detrás de sí las Pirámides. La comparación se venía a tierra. Mas endeble todavía resultaba la explicación del escepticismo descortés: «Es un aventurero»... Todo y nada es aventura, aquí abajo. El destino de un hombre, cualquiera que sea, se cumple normalmente. Estaba escrito que Benito Mussolini había de ser dictador. Las circunstancias se apoderaron de él en la región más naturalmente penetrada de los destinos romanos; en un medio pobre, pero sano, altruista, probo, valeroso, sobre un suelo que habla con fuerza al espíritu y al corazón; bajo un cielo tan ardiente y tan puro, que el pensamiento se abraza en él de ideal. Y esas circunstancias, abrieron, ante sus ojos, el libro de la vida y de la experiencia de los días amargos. Ellas lo condujeron por un camino rudo y salvaje.

Il cammino alto e silvestre.

Y, a falta de Virgilio, este autodidacta tenía, para que lo guiase, la sombra de su patria; mejor aún, la sombra de la humanidad. En las puertas del infierno terrestre, ni los vicios que devoran, ni, más adelante, los demonios que torturan, tuvieron imperio sobre él. Tenía una fe de apóstol. Creía en su misión educadora y salvadora. Y, como no sabía nada, y como tenía que decirlo todo, y para decirlo todo que aprenderlo todo, se hizo periodista.

El Cuarto Poder triunfa en él. Nadie se ha fijado en él como es de justicia. Mussolini ha sido director de periódicos antes de ser Director de Directorios. Verdad es que otros han llegado también al Gobierno por el periodismo. Si se necesitara un ejemplo ilustre, pódríase citar a Clemenceau. Por lo demás, las prensas son fecundas en influencias políticas. Pero aún no se había visto que una pluma, corroborada, es verdad, por la elocuencia, reemplazase al sable para conquistar todo un pueblo y para gobernar con maestría absoluta las riendas del Estado.

En este acontecimiento desconocido para los siglos anteriores, se cristaliza y hace potente el poder de la prensa en la sociedad contemporánea.

Si se quiere comprender a Mussolini, hay que considerarlo, pues, bajo el ángulo del periodismo. No es el *institutor* ni el *socialista*, ni el *condottiere* el que aparece en el Presidente del Consejo, en el Ministerio de las Relaciones y Jefe del fascismo: es el perfecto periodista.

Desde que emprende su carrera, el sentido de la actualidad se auna en él, al sentido de la acción; el dón de la imaginación al dón de la creación; el gusto de la observación al gusto de la verdad; la pasión de juzgar a la pasión de la justicia; la conciencia de la responsabilidad a la conciencia del bien. De escalón en escalón, llega a ese perfecto amor del oficio que no es sino una expresión del amor a los hombres por el deseo de guiarlos y socorrerlos en el penoso camino de la vida.

Así se explica Benito Mussolini, redactor en Trento, no bien terminado su servicio militar, en el *Popolo*, de Cesare Battiste; luego, un poco más tarde, en Romaña, fundador de la *Lotta di Classe*, colaborador en el *Pensiero Romagnolo* y en la *Libertá;* en seguida, director en Milán del *Avanti;* creador, en fin, de *Il Popolo d'Italia* e inspirador de muchas otras hojas periódicas. El político no es sino el resultado lógico del periodista.

Cuando se entra en el palacio Chiggi, nueva *Consulta* de un gobierno nuevo, se piensa en las reflexiones que a sí mismo ha de hacerse Mussolini al ver en dónde está. Cada día, cuando apurada la copa del éxito tocan sus labios las heces inevitables, ¿no volará su pensamiento hacia la «mamma», hacia el «padre» tan caros a su infancia? ¿No volará también hacia la digna y modesta mujer, madre de sus tres hijos, que ha preferido quedarse en Milán, lejos de Roma y de la Corte?

El verdadero Mussolini, el que no se distingue fácilmente, es el Mussolini familiar. Todo se lo debe al hogar doméstico. El fué su fuerza. Su madre y su padre, vivos o muertos lo inspiraron en sus días de lucha. Por su mujer y por sus hijos, encarnación suprema, a sus ojos, de la familia y de la patria, ha querido ser lo que es. En ellos pensó siempre cuando consagró su vida a defender al pueblo y a Italia. Ojalá no lo olvide nunca. Se ha hablado de hacerlo duque... Pero él nació príncipe de la Romaña. Y nunca logrará mejor título.

Taine hubiera estudiado con delicia esta vigorosa personalidad, engendrada y constituída en la vieja Romaña. La influencia del medio lo gobierna. Los hermosos razonamientos de la *Filosofía del Arte* concuerdan aquí con los de la filosofía de la historia de los *Orígenes*. Una tierra ardiente en donde el Cristianismo se erige, vencedor, sobre las ruinas del culto de los antiguos dioses ha engendrado a este hombre heroico y rústico, como ya lo fué desde sus años tiernos y como lo ha seguido siendo en el fondo. El alma de Benito Mussolini es un nuevo eslabón que se agrega a a milenaria cadena de montañeses, salidos de un suelo muy de antiguo volcánico, y como él, pacíficos mientras no se despierta el fuego oculto. Y como para reforzarle el temple natural, forjada fué su personalidad sobre el yunque de un padre, tan laborioso herrero como socialista convencido. Preparado de esta guisa, el hijo de Alejandro Mussolini había de ser de un metal inflexible

Las vicisitudes y las pruebas sólo logran aumentar su resistencia.

La primera de esas pruebas fué la pobreza. En la escuela, rebelóse ya contra una sociedad que le parecía egoísta, cruel y sin grandeza, sacrílegamente menospreciadora de un ilustre pasado. Instruído por una madre valiente, maestra de escuela concienzuda y amada, aprendió de ella, al propio tiempo que la ternura y la piedad, la historia de su nación. A los doce años, solía encerrarse en un cuarto a pronunciar, ante un pueblo imaginario, discursos inflamados. Evocaba las sombras de los Gracos; invocaba a Espartaco, soñaba con un nuevo destino para su patria. Se le vió preferir la soledad a los juegos de su edad, y extraviar sus pasos, puestos los ojos sobre un libro, hacia las cunas desiertas desde donde la Romaña trágica se descubrió a sus miradas. Desde allí, tendida al horizonte la mirada ansiosa, buscaba a lo lejos a Rávena, a Rímini, a tantas otras ciudades famosas. Su poderío medioeval renacía, ante sus ojos, entre las colinas y el mar.

En el Colegio, Benito preparó su entrada a la escuela primaria. De esta escuela salió a los diez y ocho años, apto para instruir a los hijos del pueblo.

Ya por entonces era un sér todo vida interior, vida explosiva, concentrado y solitario.

Al desarrollarse por la reflexión, el sufrimiento y el estudio fuera de las más normales, Benito Mussolini traspasará la común medida: asombrará, chocará fuertemente, con los personajes oficiales. Convertido en hombre de Estado, le incomodará al principio su vecindad. Pero posee tantos recursos, que se adapta con rapidez y evoluciona. De todos modos, es lo que la vida ha hecho de él *l' Uomo Nuovo*, el hombre nuevo, como dice Italia.

Predestinado a la vida agitada y a las vicisitudes, ahogábanlo la disciplina y las reglas de la enseñanza primaria. Se evadió. Se desterró. Quería correr el mundo. Su madre se angustia; él la tranquiliza y parte para Lausana. No bien llegado a Suiza, con su juventud y dos liras por toda riqueza, encarcelan a su padre, acusado de haber excitado al pueblo a que asaltara las urnas en tiempo de elecciones. Crimen espantoso, como nunca hubo otro igual sobre la tierra. No creer en el sufragio universal, en su sinceridad, en su eficacia, qué abominación!

Este drama fortaleció todavía más a Benito en sus designios iconoclastas. Mientras llegaba su hora, ganóse la vida como pudo: obrero aquí, profesor más allá. De paso aprendía el alemán y se perfeccionaba en el francés, hasta lograr enseñarlo como profesor. Con todo esto, realista siempre y místico a la vez, como los grandes santos, arrebatado en la acción e intrépido como ellos.

Un día, en un teatro de Ginebra, ha ido a ver a Jaurés, por entonces en el apogeo de su verbo y de su reputación. El célebre orador había escogido este tema: *Jesucristo*, simplemente. Habla, habla, habla. Exito monstruo. Pero un joven de tez mate y faz enérgica se levanta:

—Pido la palabra.

Tumulto. Protestas. ¡Que lo saquen!

—Pido la palabra. Digo que tengo derecho de hablar y hablaré. Hablaré!

Y Benito Mussolini habló.

Hallábase en Marsella cuando tuvo que regresar a Italia, solicitado por el servicio militar. A la verdad, tuvo que regresar más pronto de lo que hubiera querido. Había intervenido en una huelga y las autoridades locales lo expulsaron por la violencia de sus opiniones sociales. Y hélo trocado en *bersagliere* en Verona donde la lectura de Romeo y Julieta lo entusiasmó, por Shakespeare. Creo que con Enrique Heine, los escritores de la Revolución, los románticos franceses, los poetas y los historiadores del *Risorgimento*, comparte el poeta inglés sus preferencias. Olvidaba a Dante y a Carducci, que también poseen la intimidad de su pensamiento, lo mismo que los antiguos clásicos latinos, en los cuales se ha iniciado solícitamente, ayudado por una memoria pronta y fiel.



BENITO MUSSOLINI

(Caricatura de GARCÍA CABRAL).

Soldado, tuvo ocios para meditar. Es la mejor manera de instruirse. En todo tiempo, Benito Mussolini «ha hecho oración» a su manera y ahora más que nunca. Salió del ejército inclinado todavía más a la soledad. Este hijo de montañeros de la Romaña, al alejarse del ruido de las armas, amó el silencio como Alfredo de Vigny. En este momento es cuando surge precisa en su conciencia la idea de dedicar su vida entera a las tradiciones esenciales.

Esta vez, el camino de la obra suprema, la salud de Italia, se abre ante él. Su apostolado se ensancha por la prensa. Ha fundado ya la *Lotta di Classe*. Ya no cesará de combatir por el triunfo de sus ideas. Emancipadoras de las masas oprimidas, enamoradas del progreso moral, apasionadas de noble equidad, son ellas a manera de llama violenta y generosa que se levanta muy por encima de las antorchas incendiarias de los mangoneadores de la revolución. Perseguido, encarcelado, se siente más fuerte después de cada herida recibida en la batalla. Así se ejercita para la prueba suprema que la suerte le reserva: la de la guerra.

Esta estalla. Se ha mostrado opositor a los excesos del socialismo italiano, lo ha limpiado de sus bajos instintos, le ha dado una alma, ha sostenido que debía mostrarse franco a la luz del día; ha excluído de él a la masonería. Ahora lo quiere en la primera línea de combate; libertador del pueblo, el socialismo debe comenzar por libertar su tierra invadida. Su prestigio sobre las masas se halla todo en una ascensión constante hacia las cimas morales.

Cuando abandona el *Avanti* para fundar *Il Popolo d' Italia*, es ya un jefe de ideal a quien su país ha distinguido. Es el apóstol de un nuevo *Risorgimento* que exige la unidad de la patria, la honradez en los negocios, la economía en las finanzas, la actividad fecunda en el poder.

La guerra lo ha arrojado contra los neu-

(Pasa a la página 126).

Reminiscencias de Margarita Gautier

El día 15 de enero de 1924 se celebró en el Teatro Sarah Bernhardt, de París, un centenario escénico sin precedente.

El 15 de enero fué el centenario del nacimiento de Alfonsina Plessis, más conocida con el nombre de María Duplessis y el personaje original de *La Dama de las Camelias*. Por ella, por María, esta página:

La verdadera Dama de las Camelias nació el 15 de enero de 1824 en Nonat-le-Pin, habiendo sido inscrita con el nombre de Alfonsina Plessis, que más tarde, al lanzarse a la vida galante, cambió por el de María Duplessis, que a su vez Dumas transformó en el de Margarita Gautier.

Huérfana de una comerciante en pequeño, que había sido la esposa mártir de un abominable borracho, Marino Plessis, la futura Dama de las Camelias fué en un principio mendiga en los caminos públicos, moza de granja a orillas del Lago de Ginebra, sirviente en su país natal, lavandera en París, en la calle del Echiquier, modista en la calle Saint Honoré, cerca de la calle del Arbol Seco, para encontrar al fin su destino en la galantería, de baja especie primero y la más elegante después.

Vendida a los doce años por su padre, un día que aquel hombre moría de sed, a los quince años hacía las delicias de la juventud dorada de París; a los diecisiete era la cortesana más famosa de Europa, mereciendo las alabanzas — no siempre desinteresadas — de poetas, artistas y hombres de talento, que se desvivían por encomiarla, y entre los que figuraban hombres de la talle de Teófilo Gautier, de Néstor Roqueplan y de Julio Janin.

Era bella y elegante. Tenía una cabellera magnífica que sabía arreglar con arte inimitable. Su boca era pequeña, sus dientes blancos y brillantísimos, mientras que sus manos y sus pies eran no menos finos y adorables que su cuerpo, perfecto por la gracia y la distinción.

Entre tantos testimonios elogiosos que nos han llegado de sus contemporáneos acerca de esta mujer, figura el que publicó el cronista de *Le Siecle*, Matharel de Fiennes, a raíz de su muerte:

«Me parece que la veo todavía: grandes ojos negros, vivos, dulces, llenos de asombro, casi inquietos, y en los que se revelan sucesivamente el candor y los vagos deseos; cejas admirables, eran de terciopelo negro y parecían hallarse colocadas sobre su frente para hacer resaltar el blanco mate de la piel y el brillante cristal de los ojos; una boca que parecía sólo entreabrirse; cabellos españoles por el color y franceses por la gracia; en una palabra, un conjunto tan encantador y tan poético, que cualquiera que veía a María Duplessis, así fuera cenobita, octogenario o colegial, no tenía otro recurso que enamorarse perdidamente de ella.»



MARIA DUPLESSIS,
«LA DAMA DE LAS CAMELIAS»
(Dibujo, según fotografía, de E. García Cabral).

Más sobrio, el croquis que de ella nos hace Teófilo Gautier, adquiere sin embargo mayor relieve: lo trazó durante una de esas representaciones de gala en la Opera o en los Italianos, al brillo de las cuales parecía contribuir la presencia de esta Aspasia. «¿Quién no ha observado, en el más bello palco del teatro—interroga—a esa joven mujer de distinción exquisita, y admirado su casto óbalo, sus bellos ojos negros ensombrecidos por largas pestañas, sus cejas de un arco tan puro, su nariz de un corte tan fino y tan delicado y su aristocracia de formas que le daban el rango de duquesa?»

Pero lo que más profundamente enamoraba de ella a sus contemporáneos, eran las señales de un fin prematuro que descubrían en los círculos sombríos que iban formándose bajo sus bellos ojos, la transparencia de la piel cruzada por finísimas venas azules, la ideal blancura de su cutis y el aire de desesperación que envolvía a toda su persona.

«El más alto elogio que de ella puede hacerse», decía Paul de Saint-Victor, uno de sus contemporáneos, si es que no fué uno de sus amantes, «consiste en que su alma tiene suficiente vida para poner en movimiento al cuerpo, y que la está matando para poner un fin a todo».

Alejandro Dumas hijo, en plena juventud, y con la libertad de costumbres a que le acostumbró desde muy pequeño el libertino de su padre, el autor de *Los Tres Mosqueteros*, no había cumplido aún veinte años cuando por circunstancias que sería prolijo enumerar, tuvo ocasión de comer una noche en la casa de María Duplessis. Esta súbitamente abandonó la mesa y a sus invitados, para retirarse a su alcoba a donde la siguió Dumas profundamente conmovido, sorprendiéndola en un acceso de tos, síntoma inequívoco de la enfermedad que estaba minando a aquel organismo juvenil. La Duplessis no se conmovió menos que su joven visitante, al observar que éste dejaba escapar lágrimas de dolor ante aquella vida que se iba agotando precipitadamente, y de ahí nació entre ellos un afecto que no tardó en trocarse en pasión, y que quedó inmortalizada por la famosa obra en la que Dumas supo poner un girón de su vida, y una herida de su corazón.

María Duplessis era una cortesana en toda la extensión de la palabra, cuyos favores se

disputaban los personajes más prominentes de la alta sociedad parisiense, hasta el extremo de que se ha asegurado que uno de sus primeros amantes fué el célebre Aguenor, Duque de Guiche, que era entonces también Conde y más tarde Duque de Gramont y Príncipe de Bidache. Este personaje, con el transcurso del tiempo, había de ocupar la cartera de Negocios Extranjeros en las postrimerías del Segundo Imperio, siendo a él a quien incumbe la responsabilidad material de haber declarado la guerra a Prusia en 1870. Otros personajes de no menor relieve de los que frecuentaban la casa de la futura Margarita Gautier, fueron el Conde de Monguyon, el Marqués Aguado de las Marismas, el hijo del Prefecto de Policía, Eduardo Delessert, el antiguo Embajador de Rusia en Viena, Conde de Stackelberg, a pesar de sus ochenta años, el Príncipe de la Moskowa, el Conde de Cambis, Charles Laffitte, Casimir Delamarre, el Príncipe de Belgiojoso, el Vizconde Edouard de Perrégaux, de quien hablaremos después, y según rumores no confirmados plenamente, Alfredo de Musset y Eugenio Sué, para no hablar de otras numerosas personalidades conocidísimas en la sociedad parisiense de la época.

Nos encontramos aquí ante un caso verdaderamente extraordinario como lo es el de que una muchacha de tan humilde origen haya sabido conquistar a hombres de positivo mérito, que sin duda no se hubieran dejado apresar tan sólo por las gracias físicas de la famosa cortesana. Y es que María Duplessis, en cuya boca pone Dumas esta frase: «Soy una pobre muchacha campesina que a los siete años no sabía escribir mi nombre», tuvo la suficiente fuerza de voluntad de consagrarse al cultivo de su espíritu al mismo tiempo que a la adoración de su cuerpo, y al cabo de pocos años, después de recibir lecciones de numerosos profesores, se hallaba ya, como las mariscalas del Primer Imperio, en condiciones de poder sostener una conversación interesante, de conducirse con propiedad, de bailar admirablemente y de cultivar la música. Tomó gusto por lecturas que no son el pasatiempo habitual de las vendedoras de sonrisas, como lo demostraron los doscientos volúmenes que a su muerte se vió que formaban su biblioteca y que fueron parte de su patrimonio y objeto de remate.

Como antes decíamos, no tardó en establecerse un idilio entre María Duplessis y Alejandro Dumas, a pesar de que éste no se hallaba en condiciones materiales de poder soportar la pesada carga que implicaba el lujo deslumbrador de aquella mujer a la que se disputaban personajes tan encumbrados. Sin querer profundizar el desenlace de esa aventura sí cabe decir que hubo un momento en que la cortesana se sintió tan enamorada de su poeta, como llamaba al futuro autor de *La Dama de las Camelias*, que parece que llegó hasta a proponerle abandonar la vida de la galantería, sin que sepamos a punto fijo si tal sacrificio se hallaba por encima de las fuerzas de la costumbre, o si el amante tuvo miedo de un compromiso tan temible. Posiblemente, colocado él mismo, por el exceso de su pasión, en esa alternativa que ponía en pugna a su amor con su honor, o no osando pedir bastante, o temiendo obtener demasiado, el caso es que se llegó finalmente a la ruptura. Esta asumió la forma de una carta que, mutatis mutandi, conocen todos los que han presenciado la obra teatral, aunque sin contener ciertas frases que el autor dramático creyó deber intercalar a su primitiva esquela, que decía así:

«Mi querida María:

»No soy ni bastante rico para amaros como quisiera, ni bastante pobre para ser amado como vos lo desearíais. Olvidemos, pues ambos: vos un nombre que debe seros punto menos que indiferente, y yo una felicidad que se me ha hecho imposible.

»Es inútil que os diga cuán triste me encuentro, puesto que sabéis ya cuánto os amo. Adiós pues. Tenéis demasiado corazón para no comprender la causa de mi carta y demasiado talento para no perdonármela.

»Mil recuerdos.

»*A. D.*»

Esa carta que lleva únicamente por fecha la de «30 de agosto a media noche», es sin duda del año 1845, y con ella puso punto final Alejandro Dumas a sus amores con María Duplessis, a la que su destino no le habría de consentir volver a ver puesto que cuando murió su futura heroína se encontraba ausente de París.

El mal que aquejaba a la cortesana iba acentuándose de día en día en día, sin que por eso se sintiera inclinada a cambiar de género de vida, lo que sin duda contribuyó a precipitar el fin, pero todavía hasta pocos meses antes del desenlace, se vió rodeada de adoradores, siéndole fieles hasta su muerte por lo menos dos, el Conde de Stackelberg y el Vizconde Edouard de Perrégaux, de quien ofrecimos algunas líneas antes y ahora nos volvemos a ocupar con más amplitud.

Nieto del Mariscal Macdonald, era este joven un brillante oficial de caballería que, arrastrado por los placeres de la vida parisiense, presentó su dimisión, llevando desde entonces como único objetivo de su existencia el de hacerse amar por María Duplessis. Comprometió muy seriamente su fortuna para conseguir de su amante una fidelidad que ésta no quería o no podía concederle, y llegó por fin a comprometer su nombre, casándose con ella.

En efecto, según documentos incontestables, el 25 de enero de 1846 María obtuvo de la Prefectura de Policía un pasaporte para Londres, extendido a nombre de la «señorita Alfonsina Plessis», pues abandonando la gloria de la cortesana, la joven partía rumbo a Londres acompañada de Edouard de Perrégaux. En la capital inglesa se alojaron en 37, Brompton Row (Kensington), y pocos días después de su llegada, el 21 del mismo mes, quedaban unidos por los lazos más legales.

Esa unión, perfectamente legal en Inglaterra, no hizo renunciar a ninguno de los contrayentes a su libertad. Parece que no tuvo otra excusa para el amante que su debilidad, puesto que pocos días después del matrimonio se sintió ya sin valor para sostener el compromiso contraído, mientras que la excusa para la querida no fué otra que la de satisfacer su vanidad, puesto que María Duplessis, desde su regreso a París, hizo marcar sus prendas íntimas, su carruaje y hasta su servicio de mesa con una corona condal.

Entre las cartas dadas a conocer a propósito de esta célebre mujer, figura la siguiente que podría ser considerada como el primer paso de esa separación amistosa:

«Mi querido Edouard:

»En todo lo que me habéis escrito, no veo sino una cosa a la que deseáis que os conteste, hela aquí:

»Queréis que os diga por escrito que sois libre de hacer lo que mejor os parezca. Yo misma os lo dije antes de ayer, os lo repito y lo firmo.—*Marie Duplessis*».

Pocos meses después de esa boda inexplicable, la Duplessis comenzó a agravarse a pasos agigantados y a ver cómo poco a poco iba formándose en torno de ella el vacío, y cómo después de haber vivido durante su breve carrera de cortesana en medio de la opulencia y del lujo, comenzaban los apuros materiales y las preocupaciones más mezquinas de dinero.

Por fin, después de una larga agonía, para alivio de la cual fueron impotentes los esfuerzos de la ciencia, María Duplessis murió el miércoles 3 de febrero de 1847, poco después de cumplir veintitrés años. Parece que tuvo miedo a la muerte y que retrocedió de espanto ante ese terible fin, habiendo sido sepultada en el Cementerio de Montmartre, de donde pocos días después extrajo sus restos M. de Perrégaux, para darles sepultura definitiva en un lote que al efecto adquirió en el mismo cementerio.

Llegado a París a los pocos días de la muerte de su antigua amante, Alejandro Dumas sintió renacer en su corazón con mayor fuerza que nunca su antigua pasión, y en *Pecados de Juventud*, poemas que publicó en el curso del mismo año de 1847, las páginas más sentidas son las que consagra a la memoria de sus juveniles amores.

Poco después hubo de convencerse de que Dumas padre, a pesar de la vida y lujo que llevaba, no era rico. Los acreedores, cada vez más apremiantes, hicieron salir al joven de la disipación y resolverse a escapar a la esclavitud de las deudas. Con ese fin, vertió las emociones que había vivido—era demasiado joven para pensar, pues no contaba ni veintiún años—todo lo que había observado y estudiado de la turbulenta vida de París, en *La Dama de las Camelias*.

La necesidad de más dinero le hizo dar forma dramática al mismo relato, no obs-

tante la opinión de su padre que no veía manera de hacer una pieza teatral de aquella historia, y la nueva transformación fué tan genial que acusa muy pocas huellas de su existencia anterior.

A pesar de todo, los teatros de París se rehusaron a aceptarla, hasta que por fin el Vaudeville consintió en llevarla a escena previa censura. Más de tres años transcurrieron antes de que se representara, y fué sólo gracias a la influencia del Duque de Morny, como se consiguió levantar la prohibición. El Duque creía que debía alimentarse a los parisienses con sensación; de esta manera hacía pasar su atención de la política a los teatros.

«*La Dama de las Camelias*», dijo Dumas hijo quince años más tarde, cuando se había vuelto moralista didáctico, «es el eco más bien que la reacción de una emoción personal, a la que el arte dió desarrollo y conclusión lógica. No podría ser escrita hoy (1867). No sería real ni sería posible».

(*Revista de Revistas*, México. D. F.)

1) Polémica

Una defensa de los Estados Unidos

[Waldo Frank, es uno de los escritores jóvenes más brillantes y prestigiosos de los Estados Unidos. Su libro *Our America* (Nuestra América) le reveló como un sutil psicólogo de su propia nación, y muy justo en la visión de sus defectos y virtudes. Ha publicado también varias excelentes novelas que, en medio de la anarquía de los conceptos estéticos actuales, tal vez se pueden adscribir a la llamada escuela expresionista: la máxima expresión artística con un mínimo de medios técnicos; lo cual es, después de todo, la esencia de todo gran arte].

Señor director de *El Sol*

Madrid

Señor: Acabo de leer las pequeñas *Divagaciones* de Ramón Pérez de Ayala, sobre los Estados Unidos, que ha publicado *El Sol* los días 28 y 29 de febrero. Conozco al Sr. Ayala y conozco su obra. Se me hace difícil, por lo tanto, comprender cómo un artista tan brillante y un observador tan sensible puede escribir cosas tan superficiales sobre un país. Y todavía me es más incomprensible que un escritor como el Sr Ayala, cuya capacidad intelectual debía hacerle confiar más preferentemente en sí mismo, pueda citar con tanta docilidad los comentarios de ese periodista inglés tan extremadamente vano y tan poco digno de crédito como el Sr. Á. S. Wells. El Sr. Wells y el Sr. Ayala parecen estar de acuerdo en que «ir de Europa a Norte América es como pasar de la complicación a la simplicidad». Quizás Europa les parezca más compleja porque conocen algo de ella; quizá la simplicidad de Norte América es la simplicidad de su propia ignorancia. Ya es hora de que el presuntuoso lugar común de que «Norte América es el país del dollar, el país del materialismo sin freno, el país de los negocios y nada más», se guarde solícitamente en alcanfor al lado de esas otras triviales falsedades de que, por ejemplo, España es la tierra de Carmen, o Francia el país de los *cabarets* abiertos toda la noche y en donde toda mujer tiene cien amantes, etc.

La complejidad del carácter norteamericano es tan grande como la diversidad de las razas que lo crearon, como la diversidad de los impulsos que las llevaron allí y como la diversidad de los problemas y condiciones que se les presentaron tan pronto como hubieron de llegar. Los elementos místicos, religiosos e ideales de la vida americana son absolutamente tan primarios y tan potentes como los materiales. Es verdad que, debido a nuestra primitiva historia, ha tenido lugar una ósmosis entre esos elementos, ha habido entre ellos un casamiento que hace su separación extremadamente difícil. Existe en los Estados Unidos un peculiar simbolismo de ideas, con respecto al cual sospecho que el Sr. Wells está tan ayuno como de entender jeroglíficos egipcios. En la psicología norteamericana, los detalles y fines físicos de la vida han sido dotados—a veces con poca fortuna—de valores ideales, de suerte que presentamos una inmensa fachada que parece *material*, pero que recibe su *vida* de las asociaciones emocionales, de los símbolos de cultura que aquélla oculta y en virtud de los cuales, realmente, existe.

La insensibilidad del Sr. Wells para los valores estéticos de la típica arquitectura de Nueva York no me sorprende. Pero la del señor Ayala, sí. No puedo creer que si hubiese mirado con sus propios ojos, sin las telarañas de previas sugestiones, hubiese dejado de encontrar el ritmo vital, primario, lleno de aspiraciones, de nuestras grandes ciudades: espíritu desde luego aún rudo y desconcertante a los sentidos hechos a la madurez de Europa, y que, sin embargo, es un espíritu relacionado nada más que muy levemente con la gran concupiscencia de adquirir y acumular. ¿Qué diría el Sr. Ayala de un crítico que menospreciase las iglesias góticas de Europa con indicar que la torre y la cruz son símbolos fálicos? Y claro está que lo son; pero es pedantería o ceguera el no ver que son infinitamente algo más. Del mismo modo hay un impulso crudo y elemental en toda nuestra vida. Pero que ha comenzado ya la sublimación de estos elementos, es una cosa clara en el arte americano, en la literatura americana y aún a veces, en la chapucería y estupidez de la política americana.

No puedo pretender en esta breve carta dar una respuesta satisfactoria al señor Ayala. Lo que deseo simplemente es rogarle que nos vigile más de cerca.

Si lo hace así, descubrirá que hay otros Estados Unidos ocultos y apenas articulados todavía, dentro de la caparazón de acero y piedra que tanto le asombra: unos Estados Unidos arraigados y dedicados a la vida del espíritu y de la inteligencia, y sin embargo, no separados en modo alguno del mundo material que el Sr. Wells describe: unos Estados Unidos consagrados a la tarea de encauzar las vastas energías de ese mundo, para la creación de una cultura espiritual.

En el reino del espíritu, Europa, naturalmente, es más aventurada que nosotros. Por lo tanto, esta parte más profunda del mundo americano mira hacia Europa para que le dé alientos y enseñanzas. Y espera que se la comprenda mejor por parte de hombres como Ramón Pérez de Ayala.

Suyo afectísimo,

WALDO FRANK.

(*El Sol*, Madrid).



Ensayo sobre las poesías...

(Viene de la página 118).

místico, concentrado en algo abstracto y que se simboliza en un ser humano. El bardo gentil es el padre de las musas, hecho mortal.

De *Invicta* los versos gallardos y fibrosos, he leído y releído a menudo, en voz alta. ¡Qué altivez displicente hay en la heroína; qué serenidad de altas cumbres en sus ideas; qué helado y duro su *corazón de princesa cautiva!*

Oidla responder augusta, la frente alta, aunque transparenta infinitos pesares, la actitud erguida de principesca bravura, a su solícito galán y señor, por la atroz ley de la victoria.

Habla la cautiva:

«Sé que eres fuerte, poderoso y bello
como un soberbio gladiador romano;
que de las glorias de inmortal destello
el cetro empuña tu gallarda mano;

sé que tienes de rey la invicta fibra,
la voluntad espléndida y valiente;
sé que el clarín que ante los héroes vibra,
arrulla con sus cánticos tu frente;

sé que tus ojos, de hondo poderío,
como el llameante abismo están abiertos...
Sé que eres grande, indómito y bravío
como el noble señor de los desiertos.

Sé que ante mí tu imperio se dilata,
que en tu visión de vencedor me avistas.
A la lumbre del rayo se desata
la ruda tempestad de sus conquistas.

Ya tu mirada combatió la mía,
ya me asestó sus flechas luminosas;
ya ornar quisiste mi Tebaida fría
con la efímera pompa de las rosas.

Ya quisiste venir audaz y altivo
envuelto en la epopeya de tus glorias,
y llevarme cual pájaro cautivo
al palacio nupcial de tus victorias.

Pero sé que el corcel de tus deseos
marcha inminente a su primer derrota;
que al preciado joyel de tus trofeos
no podrás engarzar mi vida rota.

Sé que si enciendes en la lid de amores
las pupilas de fuego con que abrasas,
apagará sus bélicos ardores
el frígido metal de mis corazas.

Sé que no apresarán tus recios bríos
de mi alma libre la triunfal bandera,
la que ostenta la flor de mis desvíos
cuando hago tremolar su faz guerrera.

Es inútil que el ritmo de tus sienes
marque el valor de tu viril arrojo,
y atado al eslabón de mis desdenes
los dientes hinques en tu labio rojo.

Es inútil que henchido de coraje,
suelta la garra en pos de tus quimeras
como el león que acecha entre el boscaje,
des al aire la ondeante cabellera.

Yo soy como la firme roca erguida
que el oleaje amenaza en su bravura,
y eternamente ante la mar vencida
su cresta eleva en la gigante altura.

Como la cumbre hundida entre los cielos,
más allá de los astros inmortales,
que no pueden tocar los raudos vuelos
de las más fuertes águilas caudales.

Es inútil que rujas y seguro
contra mi pecho tu potencia esgrimas:
yo tengo un corazón helado y duro
como la blanca nieve de las cimas.»

¿Háse oído en el Parnaso uruguayo o americano nota más vibrante, canción más fluída y soberbiamente vigorosa y enérgica? Aquí ha llegado el talento de María Eugenia Vaz-Ferreira a lo hondo de sí, a la suprema belleza de su inspiración. Hé ahí su real ruta en el Ateneo, donde acaso, como Corina, será coronada un día.

De las otras poesías menores, éstos son los versos más hermosos:

«Perdida la esperanza, (1)
el ensueño perdido,
soportaba la angustia
de mi agudo martirio.»

«Ven y siéntate a mi lado (2)
que un sueño triste he tenido;
pon mis manos en las tuyas
como siempre, y dí, bien mío,
alguna dulce palabra
bien cerquita de mi oído.»

Esto es hermoso, tiene del sentimiento acariciante que expresa, la suavidad, la ternura y la melancolía.

«Tú no sabes, tú no sabes (3)
lo que yo llevo guardado...
Y ayer, por reverenciarme,
el sombrero te has quitado.

Si lo supieras, mi dueño,
cuando junto a mí pasaras,
¡ay! en lugar del sombrero,
el corazón te quitaras!».

¡Qué grito pasional encierran estas dos estrofas! He aquí otra, digna gemela de la anterior:

«En la desierta calle (4)
toda blanca del sol de mediodía,
súbitamente un órgano desata
la cadencia de un vals, honda y sencilla.

Mi alma lanza a mi cuerpo
en vueltas locas, a la par que rítmicas;
una angustia me oprime, es un sollozo:
¿quién podrá consolar esta alegría?».

Los dos poemitas que siguen, pintan las angustias de un alma de novia:

---

(1) Poesía Nº XIII.
(2) Poesía Nº XV.
(3) Poesía Nº XX.
(4) Poesía Nº XXI.

Esta numeración es la que se lleva en el cuaderno inédito de sus poesías. La poetisa ha sido siempre rehacia a publicar. Su modestia literaria explica que haya sido eclipsada su popularidad por poetisas muy inferiores a ella.

«Me engañan, me engañan;
las avecitas de enero
a golpear en mis cristales
sus amorosos cantos vinieron.

Por favor, luz de mi vida,
no me dejes un momento,
que sólo el bien de tus ojos
contra mis angustias tengo...»

La poesía Núm. XXIV, encierra un pensamiento amable y luego, una amargura terrible.

El número XXV, que pudiera bien llamarse: *Para siempre*, posee de *Invicta*, la fibra de energía invencible que en cosas del arte, ostenta la poetisa:

«Aunque los agudos dardos
me claves de tus desdenes
de tu luz seré la sombra
para siempre, dueño mío, para siempre.

Y aunque una herida me abras
a cada paso que sigo,
mi vida irá con la tuya
para siempre, para siempre, dueño mío.

Ve no más como un fantasma
tras el supremo deleite
del amor y de la gloria,
para siempre, dueño mío, para siempre.

Que después que te hayas muerto,
yo me volveré al olvido,
y te guardarán mis brazos
para siempre, para siempre, dueño mío.»

¡Esto es bellísimo, sentidísimo, para qué decirlo! Hay aquí algo de la melancolía suprema que acompaña al vocablo «eterno». Ese «para siempre, para siempre, dueño mío», suena como el compás de una *berceuse* infinita, eterna, que mientras exista la mujer, repetirá en coro invisible el corazón secreto.

La poesía XXVIII es un canto flébil, en el cual el corazón de una esposa amorosísima no correspondida, vierte en el ánfora de la poesía, sus amargas tristezas. No sin experimentar honda emoción se leen estos versos, bellos entre los bellos:

«Como chispas escapadas a algún astro
que en la noche moribunda se perdieran,
de mi boca, sol de amores,
encendido en tus pupilas cenicientas,
van los besos a morir de tus cabellos
en la honda noche negra.
Mas tú sigues inconsciente como el pico de las rocas
que las aguas acarician con sus olas plañideras...
Como el lago en que doblado
llora un sauce sus cadencias...
Como el ave fugitiva
por quien llaman desde el nido las nostálgicas endechas;
más tú sigues por la luz y por la sombra
por el duelo y por el fausto de tu senda,
inconsciente de los lauros
o el consuelo que te llevan
esos hijos infelices
engendrados en las horas de mis penas
....

Como chispas escapadas a algún astro
que en la vida moribundas se perdieran,
de mi boca, sol de amores,
encendido en tus pupilas cenicientas,
van los besos a morir de tus cabellos
en la vasta noche negra...»

La misma Eva, de quien adivinamos el gran pesar, pudo escribir estos versos de profundo espíritu lírico:

«Toda la nieve, toda la nieve de un polo eterno
siento en el pobre corazón mío,
grande y obscuro como el invierno,
como el invierno triste y sombrío...

Pesan las penas
sobre mi alma triste y doliente,
sobre mi vida pesan las horas de angustia llenas...» (1)

Dos retratos sugestivos y bellos del ideal bien amado aparecen en los versos XIX y XXVI:

«Grises como las brumas del otoño
son los ojos que tiene el dueño mío;
hay algo en ellos, algo
melancólicamente sugestivo...»

El otro es fácil y fluído, ático en su sencillez y dulcemente hondo en la idea:

«Era su canto melodioso y lento,
era lleno de luz su pensamiento,
su faz de soñador extraña y bella,
y admiré su primor con la tranquila
beatitud de una lánguida pupila
que ve pasar una lejana estrella.»

Diríase esta descripción en estilo noble y bello, el retrato de Marco Aurelio por Taine.

¡Qué divina visión de un amor intenso, poético e ideal proyectan estas estrofas! Cantan a ese bien amado o amada con que todos soñamos, mientras la sincera diosa Juventud besa nuestras frentes ardorosas, pero rara vez despierta de su sueño en la selva encantada, ese príncipe o princesa:

«En el deslumbramiento de mi vida
por largo tiempo quedaré vencida,
contemplativa, silenciosa y quieta;
mientras que el oro electo de mi alma
irá a posarse a modo de una palma
en su lírica frente de poeta.»

Todo un drama del inquieto corazón representan esas líneas sinceras. Del fondo de un alma es ese grito, por ello es tan hermoso y tan sentido. Cuando intentan mostrar su amor y simpatía ciertas almas, para quienes algo significa la vida interior, y no se ven correspondidas, les asalta indecible amargura, y luego con la calma viene un recuerdo sereno, de una dicha, única que hace olvidar casi por completo el desengaño. Algo de este sentimiento sutil y complejo, existe en la postrer estrofa.

De la dulce calma de los versos anteriores, pasamos a la inquietud devoradora de un corazón que ama delirante:

«¡Cómo baten, cómo baten sin cesar sus negras alas
de tus grandes ojos bellos las inquietas mariposas,

(1) Poesía número XXX.

mientras brillan encendidas sobre el jaspe de sus galas
tus nostalgias infinitas y tus ansias pesarosas!

....

Ven con tus dos mariposas al jardín donde te espera
para la sabrosa fiesta mi cáliz de labios rojos;
bébeme gota por gota la esencia, y haz que me muera
bajo una gloria tejida con las alas de tus ojos.»

He aquí otro aspecto del númen de la poetisa. Cómo todas las naturalezas hypersensibles, su vida es amarga y sólo pide la muerte para descansar de todos los sinsabores que trae la anormalidad de la mente:

Invocación

¡Oh noche embriagadora
hecha de soledad y de desesperanza,
que brindas en tu copa de azabache y de estrellas
sobre la tierra ardiente en quietud derramada!...

Noche de las delicias mudas y negativas
de que gozan los muertos vivos como fantasmas,
abrochando en la sombra su carnal vestidura
marchita de enflorar la fiesta meridiana.

Noche, noche infinita, rincón de los olvidos,
perdón de penitentes que nunca hicieron nada
más que cargar a solas el pesado madero
sobre la ligereza cautiva de sus alas...

Te espero día a día
para esconder mis horas en la paz de tu lápida,
cuando las ondas vivas su vibración aquietan
bajo la fuerza ignota de atávicos nirvanas.

Y en invisibles soplos
el numen secular su inspiración levanta
del fondo de los tiempos para siempre extinguidos
aunque la rueda cósmica traiga sus añoranzas.

Yo no sé lo que dice tu boca abierta y muda
al que doró su tienda con oro de esperanza,
pero yo sé que sabes con amorosa ciencia
tenderte suavemente sobre el alma cansada.

Tu voz dice en silencio tu eternidad futura,
la rúbrica del «Fin» está en tu obscura mancha,
aunque a besarte vengan en sus carros sonoros
con sus aureolas rubias las doncellas del alba.

Todavía los mundos
relucen en la bóveda de tu urna sagrada,
un viejo tesorero se ha dormido en los tiempos
y ha olvidado en tu fondo sus últimas alhajas.

Dale a los beneditos que todavía sueñan
tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata.
y a mí, que te deseo inextinguible y única,
dame la eternidad de tu silencio, ¡oh Hermana!

Y con este verso cerramos la ventana por donde vimos el templo de amor que alzaba la poesía de María Eugenia Vaz-Ferreira. El es de silentes proporciones y le alumbra en toda su faz, un puro rayo del infinito.

A. Nin Frías.

(Concluirá en el número próximo).

La obra y la vida de Benito Mussolini...

(Viene de la página 119).

tralistas, los partidarios de los imperios centrales. Se le acusa de estar vendido a Francia. En Italia, como en todas partes, la gente se halla lista a tachar de venal al hombre que sigue una ruta independiente. Sus enemigos levantan un auditorio inmenso contra él en Milán. Se le silba, se le insulta, se le amenaza. Soberbio y dominador, desafía el furor popular diciendo:

—*Voi oggi mi odiate perche mi amate ancora.*

«Vosotros me odiáis hoy porque todavía me amáis».

Hé ahi una de las frases que le dieron el triunfo. Vienen del alma y van al alma. Su carrera de periodista y de orador es fértil en esa especie de frases. Su verbo es caluroso y matizado. Nada de adornos superfluos. Su palabra escrita o hablada está al servicio de un pensamiento recto y rápido. Su fuerza está en su convicción. Me gustaría citar algunos ejemplos, pero no hay espacio. Contentémonos con decir que, si el estilo es el hombre, el suyo está constituído todo por arranques que salen de lo más profundo del ser.

Tan pronto como Italia tomó parte en la guerra, el año de 1915, Mussolini quiere adelantarse al llamamiento de su clase y enrolarse en las filas de combatientes. Lo rechazan. Insiste y entra como simple soldado en el Reg. 11 de bersaglieri. Se hace enviar al áspero Carso, en las trincheras de nieve, bajo el bombardeo feroz. El resto, todo el mundo lo sabe. Dos veces sepultado, cinco herido, modelo siempre de estoicismo, este revolucionario y padre de familia, se muestra como un maravilloso soldado.

Obtenida la victoria, Benito Mussolini no piensa sino en la patria. No tarda en comprender dónde está el porvenir del pueblo italiano, extraviado un momento por el espíritu enemigo y por la infección bolchevique. Frente al desorden, erige el orden, sin retroceder ante las represiones sangrientas, por rudas que resulten.

En torno del *fascio* simbólico, los antiguos combatientes, la juventud, los intelectuales, se han agrupado acudiendo a su llamamiento. El bolchevismo ha sido vencido e Italia está salvada.

———

Doce meses han pasado desde el día en que Mussolini marchó sobre Roma a expulsar del poder a un gobierno débil, prisionero de fórmulas caducas. Y allí donde Lenín, lleno de odios, fué incapaz de reconstruir, Mussolini, equitativo ha reedificado. La calma se ha restablecido. Ha renacido la confianza. Y sea el que fuere el porvenir, ha hecho por lo menos esto: ha contenido con mano férrea a Italia inclinada sobre el abismo, lista a caer, y la ha levantado.

El es el primero en saber que eso tan sólo fué el comienzo de una tarea gigantesca. Pacientemente, ardientemente, su energía prosigue la obra. Que viva, que dure, que encuentre los hombres indispensables a sus proyectos, e Italia verá cumplirse el destino que concibió al darle oídos: ser un gran pueblo, joven, fuerte, generoso, resultado de las cenizas del pasado romano, del pasado medioeval, del pasado de ayer. Dueño de sus destinos en Europa, en el Mediterráneo, más allá de los mares, en el mismo pie de igualdad con las demás naciones, este pueblo extenderá a lo lejos la paz romana. Una paz nueva, no la impuesta por las armas al precio de violencias fratricidas, sino la paz de una civilización fraternal que organice la tierra limpia de esclavitud; una civilización hecha esencialmente de justicia y de solidaridad, tal es el fondo del *mussolinismo* que hoy se sustituye al *fascismo* primitivo, arrastrado en ocasiones más allá de los límites queridos por su jefe victorioso.

Al conversar con Benito Mussolini, me he propuesto, sobre todo, discernir las razones por las cuales es tan atrayente su personalidad. ¿Predestinado? Sin duda. ¿Simpático? Seguramente. ¿Apóstol? Sin discusión. ¿Periodista, orador, poeta, artista, músico?

Evidente. Pero no está ahí el secreto del secreto de su prestigio sobre las almas. Yo lo miraba con atención. Nos hablábamos muy de cerca uno del otro, sobre el pavimento de mármol de aquel grandioso salón del palacio Chiggi, en uno de cuyos ángulos está su mesa de trabajo. A nuestro lado, una enorme esfera marcaba el centro de aquella aula señorial. Casi cara a cara, me hablaba sencillamente, sin ademanes, con voz tranquila de hermoso timbre. Bien conformado, vigoroso, de estatura mediana, vestido con sencillez, la luz le daba de lleno sobre el rostro, hoy tan popular. En sus mejillas y en su mento hay una tenaz sombra azul a despecho del rasurado perfecto. Conocida es su fisonomía de rasgos antiguos. En ella se encuentran los poderosos relieves de la energía romana. Bajo la vasta frente, yo adivinaba la audacia de las miras y los planes profundos. Sus ojos, de un color de castaña dorada y de pupila muy negra, me miraban. Me llamó la atención su dulzura infinita. Mucho se ha hablado de su fogosidad en la acción. En el reposo, es maravilloso de bondad. Toda la faz, todo el hombre, en las horas tranquilas y confiadas, expresa un deseo, una necesidad de amar, una afectuosa expansión. Y eso es lo que seduce, lo que conmueve, lo que conquista. Ama a sus semejantes, ama a su patria, ama a la humanidad. ¡Ama, en fin! Y, por el amor y para el amor, ha vivido y vive y ha querido ser el *dux*, el conductor que edificará una fuerte y magnánima Italia.

HENRI DE NOUSSANNE.

París, novbre. de 1923.

(*L'Illustration*, París.
Trad. de *El Tiempo*, Bogotá)

La hora que pasa

El *Repertorio Americano* ha recibido de un amigo estas páginas escritas por una dama costarricense que se oculta bajo el nombre de Blanca Milanés.

Sensación fresca del paisaje, melancolía del tiempo fugaz, reflexión fina, amor de las cosas humildes, prosa cuidada, de todo esto hay en las páginas de Blanca.

Que no sean las últimas que remita al *Repertorio*.

Las primeras lluvias

Hoy han caído las primeras lluvias de abril. Fué un aguacero fuerte que repiqueteaba sobre el techo y en los vidrios de mi alcoba como un tambor tocado por las duras manos de un veterano. Después del chubasco siguió una llovizna persistente que envolvió la ciudad en un manto de neblinas tristes. El invierno anda a poner en mi corazón una sedante sensación de nostalgia que me produce un extraño desconcierto. Yo amo los días de sol, los días cálidos que encienden mi sangre de misteriosos deseos, que ponen en mis mejillas vivas llamaradas de carmín y en mi carne morena suaves toques de bronce. Amo el sol que madura las uvas, que incita a cantar en sus flautas monocordes con un cantar largo y hondo a las cigarras imprevisoras, que hace reventar los granos germinales, y me complazco en asomarme al brocal del pozo que hay en mi huerto, cuando el sol cae verticalmente sobre el agua fresca y se goza en mirarse extasiado como una mujer enamorada. Entonces tiro una guija al fondo y toda aquella quietud se cambia en una agitación de oros temblorosos, que se apaciguan después muy lentamente, hasta quedar el cielo invertido y el sol rutilando como una vieja moneda perdida.

La guacamaya

Desde la ventana de mi balcón veo todos los días una locuaz guacamaya de vivos matices que se pasea por el tejado de mi vecino. Ostenta muy bien repartidos los tres colores primarios: la cola y el dorso del cuerpo de un rojo exaltado, las alas azules de un azul de Prusia, y el pecho amarillo. Sobre la cabeza luce un moño colorado, y al verla que se yergue con cierta petulancia he pensado en aquellos descamisados de la Revolución francesa con sus gorros escarlatas. En los días calurosos, precursores de lluvia, agita las alas con alegría dando agudos chillidos y con el corvo pico, que se parece a la nariz de un Emperador romano, puesto sobre las tejas, hace pequeños recorridos dando alegres saltitos. Esta guacamaya probablemente fué domesticada en alguna casa de las tierras calientes, y cuando abajo en las calles ladra un perro, alborota un chiquillo o lanza una palabrota algún carretonero maldiciente, la guacamaya les grita persistentemente esta palabra: «¡Menguados!»

Y acaso este animal tenga razón. Somos cobardes, pusilánimes, tontos. Nos consumimos sin haber dado para nuestros semejantes lo que hubiéramos podido dar. No sabemos vivir la vida, dón el más hermoso de Dios.

Florecillas

He salido al campo después de los primeros días de lluvia. Recorro los angostos senderos afelpados de fresca grama verde cuajada de gotitas brillantes de rocío. Las florecillas silvestres están como regocijadas con la llegada de las primeras lluvias y se balancean en sus tallos con una alegría sana cuando el viento las acaricia. Estas florecillas del campo son como más ingenuas, como más sinceras que las de la ciudad. Abren sus corolas con cierta sencillez, dan su perfume con más naturalidad y tienen una dulce timidez llena de encanto. Yo he pensado, que en el cielo de las flores, puesto que éstas también habrán de tener su paraíso, las florecillas campesinas serán de las primeras por su espíritu de humildad, ajeno de pompas como las flores ciudadanas. Ellas dan su aroma por el placer de darlo, conscientes de su misión, y luego morirán olvidadas sin antes haber lucido en el pecho de una mujer hermosa, esplender en un jarrón elegante, o adornar la solapa de algún barbilindo ridículo.

Estas florecillas campestres las amaba con tal ternura el Santo de Asís, que cuando andaba por el campo las apartaba cuidadoso para no troncharlas al caminar. Deberían llamarse en homenaje al poeta de Asís «florecillas franciscanas», por su espíritu de humildad, pero nosotros los civilizados confundimos lastimosamente la humildad con la tontería.

Esas nubes...

Ha llovido incesantemente durante dos horas como si se hubieran abierto todas las cataratas del espacio. Y en esta sobretarde melancólica, ya serenada la atmósfera, contemplo los innumerables escuadrones de nubes en marcha al Poniente. ¿Hacia dónde caminará esta pausada procesión de nubes? Algunas retrasadas se prenden al picacho más alto de la montaña como cansadas del ignorado viaje y otras se deshilachan suavemente hasta desvanecerse. Mañana serán lluvia benéfica en el campo, irán a aumentar el caudal de los ríos que secó el verano o a pagar la sed del caminante. Conocerán viejas ciudades, pasarán sobre valles y desiertos, pero tú, mi alma nostálgica, prisionera en tu cárcel de barro por los convencionalismos humanos, te consumes de hastío. Si al menos pudieras tener la libertad incontenida de esas nubes fugitivas, de esas nubes...

BLANCA MILANÉS

Abril, 1924.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica